

No sólo de política vive el país

TODO DEPENDE DE LA CONTIENDA POLITICA

Escribía Gil Fortoul en su Historia Constitucional de Venezuela: "La única diferencia esencial, durante el siglo XIX, entre los países latino-europeos y los latinoamericanos, unos y otros aquejados a veces de propensiones anárquico-cesaristas, es que en aquéllos la evolución social y económica no depende necesariamente de la contienda política, mientras que en éstos todas las actividades sociales están ligadas de un modo más íntimo con la ambición egoísta de un partido, o de un solo hombre".

Creemos que esta constatación de nuestro ilustre historiador positivista no sólo no ha perdido vigencia en nuestro siglo sino que se ha reforzado. Y mucho más en nuestro país. Nacimos al siglo XX por el petróleo y nos movemos por él. Y el petróleo pertenece al Estado. El 50 por ciento de la riqueza producida este año en el país (PTB) pertenece al Estado. Uno de cada seis puestos de trabajo pertenece al Estado. El Estado es además indirectamente —mediante las obras públicas, las inversiones, las compras directas, los subsidios y controles y exenciones arancelarias— el animador de la vida económica del país.

No es que esta hipertrofia del aparato estatal sea sin más negativa. Bueno sería que un número creciente de ciudadanos capacitados, libres y responsables quisiera ejercitar su profesión sirviendo directamente al bien común en aquellas áreas donde no se ve el sentido de la mediación de empresas privadas.

Nuestro problema es que pocos profesionales expertos quieren trabajar para el Estado mientras que un número inmenso de ciudadanos tiene como profesión servir al Estado, lo que equivale a servirse del Estado porque, al faltar la profesionalización, este servicio es vacío. Viene a resultar aquello que en la última novela de García Márquez dice la madre al dictador: "si al menos supieras cantar, o si fueras arzobispo, o navegante, pero tú no eres más que general, así que no sirves para nada sino para mandar". Pero en estas condiciones mandar es una acción en sí misma; para funcionarios así mandar es el modo de vivir y el medio de vivir; no es mandar tal cosa, obtener tal meta, cumplir tal proyecto. Es simplemente mandar, o en criollo, tener un cambur. Y el fin del encamburado es mantenerse en el cambur o poder retirarse con la renta asegurada, como el administrador aquel del evangelio.

Por eso en nuestro país el gobierno es casi coextensivo con el Estado. En vez de ser un porcentaje ínfimo con una función muy específica, importante pero limitada, del aparato estatal el gobierno es casi todo el aparato. Al cambiar de gobierno se cambian hasta los bedeles y no sólo eso sino que hasta los inocentes muebles son considerados sospechosos de connivencia con el gobierno anterior y se liquidan despiadadamente.

Es cierto lo que decía Gil Fortoul que en nuestro país todo depende de la contienda política. O que como decía gráficamente Picón Salas "el papel con timbre del Estado fue más eficiente que cualquier idea". Pero esta omnipresencia y omnipotencia políticas son también por eso su absoluta impotencia. Nada puede hacerse sin la política, todo está tocado por la política. Pero también nada puede hacer la política. En nuestra vida política acontece lo que en el mito de aquel rey Midas que todo cuanto tocaba lo convertía en oro. Y se murió de hambre. Y si nosotros no nos morimos de hambre es porque existe un mundo exterior a quien vendemos nuestro petróleo y con cuyo dinero compramos lo que ellos producen. Si todos somos políticos, no como una insoslayable dimensión de nuestra existencia, sino como nuestra profesión el país acabará convirtiéndose en una maquinaria monstruosa de progra-

mas, discursos, decretos, comisiones, comités, campañas, planchas, cambures y roscas. Seremos un país fantasmal, vacío de entraña humana.

EL PODER POLITICO Y LA SOCIEDAD CIVIL

El poder político no tiene sentido si no está basado en el poder de las instituciones, en la consistencia de la vida social, en la capacidad de los ciudadanos; el poder político no tiene sentido sino como exponente, como suma y potenciación del poder de la nación. Y así, derechamente, fue como nacimos a la vida política independiente. Existían los grandes cacao, y el café y el añil y el tabaco, existían universidades que debatían los temas de la escena mundial, existían matemáticos, músicos, pedagogos, filólogos, constitucionalistas, militares, eclesiásticos, y existían todavía fundadores de pueblos, abridores de caminos, misioneros. Y existía también un pueblo crecido a quien ya le venía estrecho el margen social que le concedían. Existía, pues, una soberanía real. Era lógico que se expresara políticamente y así se robusteciera y perdurara. Para eso luchó la generación de la Independencia hasta conseguirla.

Y desde entonces la flor de las generaciones republicanas se ha consagrado a la política y por la política ha sido inmolada. Por la Patria, decimos. Pero no siempre fue así. Desde muy pronto aparecieron quienes pretendieron vivir de la política. Ahí encontró la viveza criolla uno de sus cauces más funestos. Y una juventud patriota e idealista debió sacrificar buena parte de sus estudios, de su capacitación y de su eficiencia profesional para quitar de en medio tanta mediocridad. Unos murieron sin conseguirlo, otros se corrompieron, otros que llegaron vieron seriamente entrabada su acción. De todas las formas el esfuerzo por conseguir el poder político y por conservarlo se ha ido llevando las mayores energías del país.

Aquella exclamación de Juan Vicente González ante la muerte de Fermín Toro: "Ha muerto el último de los venezolanos" no es mera retórica, no significa sólo el requiem nostálgico a la oligarquía, expresa también la angustia de quien veía un país que se devaluaba. Entre una clase social que faltaba a su cita histórica y el pueblo traicionado y sacrificado por aquellos jefes vencedores, "verdugos de la federación" como decía aquel venezolano de temple que fue M. E. Bruzual, se consumía de anemia la vida civil del país. Unos años después Cecilio Acosta se encontraba totalmente solo. Es cierto que poco después el positivismo comenzaba a dar consistencia a nuestra cultura: números, medidas, datos históricos, técnicas, hipótesis interpretativas. Pero no poco de eso se truncaría entre la vaciedad áulica implantada por Castro y la nivelación embrutecedora de Gómez.

El nacimiento de los sindicatos y de los partidos significaría la lucha por dar expresión política a los derechos y aspiraciones de los trabajadores, del pueblo que ya llegaban a una mayoría de edad. Pero insensiblemente la cosa ha ido cambiando, y para no pocos ya no existen otras aspiraciones reales que vivir a la sombra del partido. Y así llegamos al momento actual en que un solo partido tiene el poder ejecutivo, el legislativo, el judicial, el municipal y cuarenta mil millones de bolívares. Pero la cosa no camina.

PARA DESHIPOTECAR EL PODER POLITICO

Y no camina porque ese inmenso poder está en gran medida hipotecado. El nombre común del partido no hace muchas veces sino recubrir una multitud de pequeños poderes autónomos, multitud de transacciones con pequeñas y grandes prepotencias desde el nivel del barrio hasta el nivel nacional. Son pequeños feudos, redes de lealtades que a la hora del gobierno piden su cuota, pasan la cuenta con una avidez tal que pocas zonas quedan deshipotecadas, libres para la acción abierta de gobernar, y pocos hombres quedan también dispuestos y aptos para esta empresa de bien común.

Esta alienación del poder político se corresponde con un vaciamiento de la sociedad civil ya que no pocos ciudadanos prefieren entender la democracia como la pasiva abdicación de sus responsabilidades en manos del gobierno de turno. Y por otra parte, los ciudadanos que solos o cooperativamente luchan por adquirir poder y consistencia propia ven en el gobierno no su tutela y estímulo sino su poderosísimo competidor. Esperando escuchar de él aquello de quien no está contra mí está conmigo o yen sin embargo decir quien no está conmigo está contra mí. Y entonces no les queda más remedio que o languidecer o plegarse.

Será difícil exagerar al encarecer en nuestro país la importancia de constituir un poder político consistente, dinámico, popular. Pero para eso los partidos, los sindicatos, los gobiernos no se podrán sustentar ya en la debilidad de los ciudadanos, su poder no podrá consistir en el cultivo de una minoría de edad que signifique dependencia. Este no es el camino de la democracia sino de la demagogia. Y nos lleva al suicidio.

Pero por parte de los ciudadanos la hora actual nos exige la tarea insustituible de adquirir consistencia propia, cualificación profesional, criterio razonable y tenacidad para realizar en la labor de cada día nuestra contribución a la vida nacional. Porque no sólo de la política vive el país.